

—Ciertamente; pero no temais nada; somos del ejército regular, ningún mal se os hará, os habeis batido todos muy bien durante el sitio, para obtener consideraciones de nuestros jefes.

En aquellos críticos momentos notaban los imperialistas, sorprendidos, que del convento de la Cruz no salía un tiro, ni se escuchaba ruido alguno que indicara movimiento ó que se estaba alerta; ¡reinaba el más completo silencio! ¿porqué no se percibía señal de ninguna clase en la mole negra é imponente del edificio que ocupaba Maximiliano? Pensó Hans huir y dar la voz de alarma, pero renunció á su proyecto juzgándolo impracticable. Comprendiendo el oficial republicano la ansiedad en que estaba Hans, al ver que éste dirigía su vista con tanta insistencia hacia la Cruz, le dijo:

—Todo el convento ha de estar en nuestro poder; vuestro Emperador debe encontrarse ahora prisionero. (1)

En ese momento se les presentó un jefe republicano seguido de algunos hombres, y ordenó con firmeza que el cañón se volteara hácia la Cruz, que lo sirviesen provisionalmente los artilleros desarmados, amenazando con fusilarlos si desobedecían, é hizo que una escolta condujera á Hans y Gontrán ante el general Vélez que debía encontrarse en el interior de la Cruz. Las órdenes fueron ejecutadas, y cuando ya estaban cerca del ex-convento vieron que un batallón republicano penetraba á aquel edificio sin que se oyera ni un tiro, y tan solo el ruido sordo que producía la marcha de los soldados y el murmullo de las órdenes que á media voz daban los oficiales. No encontrando al general Vélez, fueron llevados los dos prisioneros ante el comandante del batallón de Nuevo-León, quien dió la orden de que se les condujera inmediatamente á Pateo; con tal motivo volvieron sobre sus pasos y al entrar al jardín de la Cruz encontraron al coronel de Estado Mayor D. Manuel Guzmán, que en esos momentos acababa de ser preso al ir á visitar los puestos. Este nuevo prisionero fué confiado á la misma escolta. Ascendieron á la plataforma ocupada una hora antes por las fuerzas de Yablousky, el amigo ó protegido de López, y pasaron al otro lado por los adobes dispuestos en forma de escalera, comprendiéndose que los republicanos habían penetrado por allí. Pocos minutos después, los prisioneros estaban entre los sitiadores.

(1) Poco después llegó el capitán Gontrán y solicitó de Hans, que hablaba mejor el español, que le ayudara á buscar el sable y los abrigos que le habían cogido los soldados que condujera López para relevarlo en la trinchera.

—¿Son acaso filibusteros, dijo, esos soldados que el coronel López ha traído? Si no encuentro mi sable dentro de cinco minutos, le rompo la cara á ese ganapán de comandante que no es del todo fino.

—Pero capitán, contestó Hans, no ve usted que estamos prisioneros; el coronel López acaba de introducir al enemigo en la plaza; los soldados que veis allí pertenecen al batallón de Supremos Poderes.

Quedó el capitán como petrificado; pero después de un rato de silencio, dijo tristemente, como si se consolara:

¡Por vida mía; tanto peor! Era preciso que esto acabara de cualquier modo

Sorprendidos el cuartel general de la Cruz, la huerta y el panteón, se apresuraron los republicanos á posesionarse de todo aquel edificio, operación que les era muy fácil, guiados por López y protegidos por la oscuridad de la noche, por el sueño de los sitiados y principalmente engañados los imperialistas por la categoría del que condujo á los republicanos. Las alturas del convento, así como las escaleras, patios y salidas, según refieren los que en aquella posición se encontraban, fueron ocupadas por las fuerzas del coronel Rincón Gallardo, pertenecientes á la brigada Arce, quedando desarmados antes de que despertaran, los soldados de la gendarmería, la compañía de ingenieros, el batallón del Emperador y los voluntarios de Querétaro.

En seguida se apoderaron los republicanos, sin ruido, de la artillería formada en la plaza de la Cruz, de la iglesia cercana, del hospital, almacenes del parque de artillería y de las obras que por aquel lado había. La corta reserva compuesta de una parte del 3.º de línea, que estaba en el patio de entrada y en los corredores del hospital, fué desarmada y presa con la facilidad con que se hizo todo, gracias al guía que llevaban los republicanos, el cual daba las órdenes necesarias para prevenir ó impedir cualquiera resistencia, y como nadie sospechaba ni comprendía lo que pasaba, no hubo ni un tiro, ni un grito de alarma al caer el cuartel general y sus anexos en poder del enemigo, en medio de aquella calma que se creería fantástica.

Luego que la aurora apareció, ocupáronse los republicanos en terminar la obra tan fácilmente comenzada y que lo mismo seguiría, contando ya con la posesión de la Cruz que era la llave de la plaza. (1)

¿Qué hacía entretanto Maximiliano? En los momentos en que los sitiadores tomaban la Cruz, Yablousky y después el mismo López, daban la alarma al Emperador y al general Castillo, haciendo que fueran recordados con la terrible noticia de que el enemigo había entrado á la Cruz y que se había apoderado del panteón por fuerza, lo cual era falso, pues que de todo se habían adueñado sin que se les opusiera la menor resistencia.

(1) Al rayar el alba sorprendió á la población un repique á vuelo en el convento de la Cruz y fué secundado inmediatamente en el de San Francisco, situado en la plaza principal, centro de la ciudad sitiada. Toda la guarnición, muy distante de figurarse lo que pasaba, creyó que se repicaba por el arribo del general Márquez y sus tropas, y no era posible explicarse de otro modo que repicaran en la torre de San Francisco y mucho menos creer que en ella se encontraran los sitiadores que habrían necesitado atravesar la línea de tiradores y las otras dos que tenían fortificadas los sitiados, siendo de notar que la vigilancia entre una y otras, así como el servicio de trinchera, eran escrupulosamente guardados y nadie habría podido salvar el tramo que separaba á los combatientes sin ser notado y visto, salvo el caso de que los guardianes estuvieran de acuerdo con los sitiadores. Solamente con acuerdo de esta naturaleza podría explicarse que penetraran en columna miles de hombres sin ser vistos ni sentidos, y que los sitiadores tomaran en Querétaro, antes del crepúsculo y á favor de las últimas sombras de la noche del día 14, posiciones junto de los sitiados que se encontraron oprimidos entre dos líneas de republicanos, maniobra imposible sin contar con un plan bien combinado.

Al saber Maximiliano el peligro en que se hallaba dijo al general Castillo, al príncipe de Salm y á su ayudante Pradillo, que violentamente se le habían reunido:

—No queda otro recurso que salir de aquí ó morir. (1)

Cuando López llegaba á la cabeza de los republicanos al cuartel de la Cruz sorprendiendo allí al Emperador y sus tropas, muchos oficiales imperialistas dirigiéndose á él, exclamaron:

—¿Y bien, coronel, no nos defendemos?

López se limitó á responder:

—No es tiempo. (2)

Tomando sus pistolas y algunos papeles importantes, bajan los cuatro las escaleras. Maximiliano iba cubierto con un sombrero de fieltro blanco, bordado de oro, y bajo su paletot ocultaba el uniforme de general de división. Debido á esa circunstancia y á la media oscuridad que había en los tránsitos, no fué reconocido por el centinela republicano que estaba al pie de la escalera, el cual tomó á Maximiliano por uno de los jefes republicanos; y por la seguridad con que andaba, cuanto por el traje que tenía, el centinela le hizo el saludo de ordenanza, al cual Maximiliano contestó; atravesó el patio y en algunos minutos estaba en la plaza de la Cruz. (3)

(1) El Barón de Lago dirigió una comunicación á su gobierno, fechada el 15 de Junio de 1867, en la cual manifestaba que después de haber combatido felizmente con un ejército seis veces más numeroso, esperando el regreso del general Márquez, tomaron los sitiados la resolución de abandonar la ciudad de Querétaro y dirigirse sobre México, debiendo partir en la madrugada; pero que á las tres de la mañana el traidor López, portegido hasta entonces del Emperador y comandante del convento fortificado de la Cruz, introdujo al enemigo por este punto que completamente dominaba á Querétaro.

(2) Mr. Gerard, escritor, da por razón para la conducta de López, el no haber querido Maximiliano entregarle el despacho de general.

(3) El coronel Salm-Salm, testigo presencial de la salida de Maximiliano del convento de la Cruz, refiere el suceso de la siguiente manera: "Encontré al Emperador bajando la escalera; llevaba su traje de costumbre y puesto encima un sobre todo, pues la mañana estaba fría y él no se sentía bien; se había fajado la espada y tomado un revolver en cada mano. El general Castillo iba tras él. Subí de prisa, continúa diciendo Salm, hasta el séptimo escalón en el que estaba el Emperador, contando desde el piso de la escalera, le quité las pistolas para llevarlas, y en medio de mi excitación le dije en voz alta, tomándole por el brazo izquierdo. ¡Señor, estos son los últimos momentos; ya está ahí el enemigo!"

Sigue refiriendo Salm, que al salir de la plaza, algunos soldados del enemigo los detuvieron y que alzó involuntariamente uno de los revolvers en actitud de defender al Emperador, pero que éste le hizo una seña y lo bajó. Al mismo tiempo salió López de entre los enemigos, vió Salm á un lado al coronel D. José Rincón Gallardo, quien al reconocer al Emperador se volvió hácia sus soldados diciendo: "que pasen esos paisanos."—Esta aserción del escritor Salm ha sido negada públicamente por el Sr. Rincón Gallardo, á causa de haberse confundido los nombres de D. Pedro y D. José Rincón Gallardo.—Asegura el mismo Salm, que Maximiliano atribuyó la conducta del oficial Rincón

El puesto militar de la Cruz, confiado en aquella memorable noche al cuidado de López, estaba comprendido en la línea que se extendía desde San Francisquito hasta el Chirimoyo, fué cubierto en los últimos días del sitio con mil quinientos hom-

Gallardo, que los dejaba pasar, á la circunstancia de haber recibido una hermana de éste, favores de la Emperatriz siendo su dama de honor.

El agente principal, alma de todas aquellas maniobras, era López, quien al entregar la plaza tal vez no quería incluir en su traición la libertad y la vida de Maximiliano, pues de pronto aparece el caballerango del coronel conduciendo el hermoso caballo pinto que montaba el Emperador, y todos se presumen que López dispuso le fuese llevado ó personalmente lo condujo, pues que acababa de suplicarle á Maximiliano que se refugiara en la casa del Sr. Rubio, á cuya propuesta contestó:

—Yo no me escondo.

El coronel del Regimiento de la Emperatriz, Miguel López, refiere en un Manifiesto, de la siguiente manera, la salida de Maximiliano del ex-convento de la Cruz: "Recogido Maximiliano en su alojamiento, ya dadas las doce de la noche del día 14, y después que regresé del campo republicano, me dirigía á recorrer la línea; al volver á la huerta de la Cruz, punto calificado de principal para la vigilancia, me ví cercado por tropas y oficiales con pistola en mano, y los reconocí como pertenecientes á las filas enemigas." Afirma López que le declararon su prisionero, "haciéndole saber que habían sorprendido la entrada por la barda de la huerta," lo cual causó á López una sensación de estupor que le pasó un momento después, á causa de que conocía la insuficiencia de la tropa para cubrir bien el punto, en razón de la fatiga y del hambre. A la cabeza de aquella fuerza iba el general Francisco A. Vélez. "En ese momento supremo, sigue refiriendo López, durante el cual viví una vida entera de agonía, comprendí el peligro inmenso que corría el Emperador, á cuyo alojamiento, situado en un claustro de la Cruz, se llegaba en pocos momentos. Pensé en sacrificar mi vida dando gritos de alarma; pero conocí que mi sacrificio era inútil porque los oficiales que me cercaban me matarían al primer grito y no lograría yo mi objeto; pensé en combatir, pero el punto más próximo al en que estábamos distaría doscientas varas y no me sería posible llegar á él." Asegura López que su único pensamiento fué salvar al Emperador y que para ganar tiempo y avisarle se dirigió al general Vélez y le rogó que impidiera la continuación del derramamiento de sangre, y solicitó de él que le ayudara en su obra humanitaria. "Con este pretexto alejé á la tropa, llevándola al panteón, y entretanto mandé avisar al Emperador con el teniente-coronel Yablonsky nuestra situación y la urgencia de que se salvara." Dice López que ignoraba porqué se demoró tanto Maximiliano en salir, y que esta demora le tenía sin aliento, y que para darle tiempo de salvarse, "tenía López que seguir al lado de sus aprehensores, divagando su atención." Ya al amanecer se presentó Maximiliano, acompañado de otras personas de su séquito, á quienes rodearon varios soldados; pero López declaró que eran particulares y no militares, logrando de este modo que no fueran aprehendidos. Continúa refiriendo que rogó al general Pradillo le sacara por los taladros, horadaciones casi subterráneas muy poco conocidas; mas no se hizo así. El Emperador salió á pie y ya en la calle, sigue diciendo López, que aprovechando un momento de confusión, ocasionado por el fuego de los soldados republicanos que marchaban sobre San Francisco, se apoderó de "un caballo que vió sin jinete y alcanzó á Maximiliano; á quien rogó que se dejase guiar por un hombre de la confianza de López, para conducirlo á una casa donde le ocultarían y de la cual saldría en la noche." Refiere López que Maximiliano se negó, aunque le suplicó con tanta insistencia, que hasta llegó á tomarle con supremo afán una de las manos; "entonces se le vió vacilar; pero insistió en su negativa y le mandó que diese orden para que le siguieran las tropas al cerro de las Campanas," orden que López asegura haber comunicado á cuantos oficiales vió mandando piquetes. Dice que ya prisionero Maximiliano, López volvió á solicitar garantías para el Emperador.

bres que formaban la brigada de reserva, de la cual cuatrocientos treinta dragones ocupaban el convento del Carmen y el mesón del Aguila Roja. La altura del convento estaba defendida por un coronel, su segundo, treinta soldados y una pieza de montaña. Una flecha que cortaba el camino de México estaba cubierta con un capitán, un subalterno y cuarenta soldados del batallón del Emperador y sesenta de la Gendarmería francesa al mando de un capitán y dos subalternos; la barda de la huerta á la orilla del mismo camino, estaba cubierta con un oficial y veinticinco hombres, teniendo un obús con su dotación de artilleros. Por una de las dos troneras que se abrieron en dicha barda, cuya tronera se encontró desartillada, penetraron el general Vélez y los gefes Chavarria y Rincón, seguidos de sus batallones. López no dice cómo supieron que aquella tronera estaba desartillada. El panteón estaba defendido por cuarenta hombres con su capitán, un subalterno y una pieza de montaña; cuidaban la barda que enfrentaba á la torre veinte soldados y un oficial, con un obús de á 24 y su respectiva dotación de artilleros. Estas eran las obras que formaban el fuerte que se llamó de la Cruz. La vigilancia era ejercida por un gefe de día y un capitán, quienes recibían todos los días la orden especial de atender preferentemente á la huerta y al panteón; además había para el mismo objeto de vigilar, un rondín de gefes y oficiales del depósito. (1)

Al aparecer la luz del día mostróse toda la extensión del desastre; pero Maximiliano no retrocede ante el peligro, en presencia de los republicanos y preparando sus revólvers dijo á los que le seguían: ¡Adelante! Fué detenido por los republicanos; pero López estaba allí, y sea porque creyera poder salvar las apariencias, ó que tan sólo hubiera querido entregar la plaza y salvar la persona de Maximiliano, ó que los remordimientos comenzaran á punzarle, se aproximó á un gefe republicano y le dijo que dejara pasar á aquellas cuatro personas que eran paisanos. El gefe que ejecutaba exactamente todas las instrucciones que

(1) La vigilancia, según López, era la suficiente; pero entrando de pronto y en la oscuridad las fuerzas republicanas, indudablemente conducidas por alguno que conocía perfectamente aquella posición, los sitiados no tuvieron ni tiempo de hacer fuego, rendidos como estaban por la fatiga y el hambre. De la huerta se pasaba al convento por una puerta estrecha y expuesta a los fuegos de las alturas; después había que atravesar un patio que también podía defenderse muy bien y con éxito para contener ó rechazar á los asaltantes.

Del alojamiento de Maximiliano partía una escalera para la torre, otra del departamento del general Castillo y había una tercera por el coro, de manera que un batallón de reserva que allí dormía al pie de sus armas, podía subir á la torre y defender en la puerta referida en pocos minutos; pero la sorpresa fué dada de tal manera, que no hubo lugar á ninguna resistencia y todos se dirigieron rápidamente al cerro de las Campanas.

Los batallones Supremos Poderes y Nuevo-León fueron los que penetraron por la tronera al mando de los generales Vélez, Paz y Chavarria, coroneles Lozano, Rincón Gallardo, Yépez y teniente-coronel Margain. De tal manera refirió López lo acaecido en la madrugada del día en que fué tomada la plaza de Querétaro.



*Lic. Joaquín M. Escoto.*

Asesor en la causa instruida en Querétaro á Maximiliano de Hapsburgo, prisionero después del sitio de Querétaro. Entre los dictámenes de más importancia emitidos por dicho asesor, sobresale el que negó suspender los procedimientos en la enmaria que se instruyó á Maximiliano con arreglo á la ley de 25 de Enero de 1862, que por terminante disposición del gobierno del Presidente Juárez había de servir para juzgar al reo de aquella causa.